

Entre los limbos del sueño oí que el maldito organillo decía en tono oratorio: México tuvo reyes legisladores y reyes poetas... tuvo héroes como los de Homero... tuvo artistas... midió el tiempo mejor que los caldeos... levantó pirámides más grandiosas que las de Egipto... sus ciencias y sus artes se las envidian los europeos... es el país que ha producido más plata... sus minas... el barón de Humboldt...

No supe á qué hora se despediría ó si se marcharía sin despedirse el insoportable charlatán; ello es que yo amanecí en mi cama tranquilo y contento, pero teniendo aún en el oído el rumor del moscón que me había dado serenata.

Por supuesto que mis paisanos no se habían descuidado, y al maldito hablador le llamaban con un mote sacado del Padre Ripalda: «don de sabiduría».



CAPÍTULO II

Un cura jacobino

PARECE locura, pero nadie se lo pudo quitar de la cabeza; se empeñó y se empeñó, se le puso como sombrero, y allí tienes á la pobre muchacha metida en lo más agrio de la sierra de Cuauichila. El rancho se llama la Silleta y es lo más feo, triste y desamparado que hay por ese rumbo.

— Pero don Crescencio, en sus haciendas, podría haber armado una brigada de mozos, y ni quien se le parare enfrente.

— ¿Sus, dices? Si ya no tiene más que Cruces; lo demás está empeñado, hipotecado ó no sé qué. Le debía á la Iglesia miles y quimiles; y prefirió acabar casi con todo por salvar el solar de su padre.

— ¿Y Trini?

— Que no te olvida, y que si tú no la dejas, se ha de



casar contigo...
¿Creerás que le ha-
yan venido con el
chisme de que tuviste
no sé qué ver con
una señora de allá
de México, conde-
sa, marquesa ó co-
sa así? Yo creo que
quien le calentó el
bocadito fué Nico-
lás Cuevas, que es-
tuvo aquí por el
mes de Enero... Si
nunca me pudo en-
trar el maldito mo-
no de brasero...
Pues sí, me le puso
tanta cabeza: que
tú hacías, que tor-
nabas, que vivías
como rey, que ibas á ser esto y lo otro; en fin, que no
hablaba más que de ti.

Esto ó poco más hablaríamos mi hermana Manuela y
yo, cuando entró, dándome los brazos, el nuevo cura, don
Rafael Herrera.

Pluma mejor tajada que la mía humildísima (1) ha
descrito con toda la sal del mundo á este personaje, que
había substituído en mi pueblo al optimista y pastelero
cura anterior.

Era Herrera un mestizo nervioso, de pocas carnes y
menos entendimiento. Su flaco, su manía, su debilidad, lo
constituía la confesión sacramental. Salvar á las gentes y
salvarlas mediante el escucharles sus pecados, y echarles
todas las bendiciones imaginables, era su *títere* constante.

Los rancheros bajaban por millaradas, sonando las cal-
zoneras de bofe y los botones de acero, dando patadas con
los zapatones de vaqueta, limpiándose las caras sudorosas
con los pañuelos de *holancillo* y se postraban á los pies del
bendito Herrera, que les escuchaba sus culpas, á veces
tremendas y descomunales, con más priesa que la que
demandaría la buena administración del sacramento que
lava las almas.

Daba la comunión á las diez de la noche, confesaba
mujeres después de la hora que disponen los cánones y no
hacía maldito el caso de las censuras de la Iglesia por tener
una satisfacción: la de purgar un alma de la fea mancha
del pecado.

¿Lo lograba? Díganlo los teólogos; á mí me toca sólo
pintar las cosas tal cual eran.

(1) La del insigne historiador don Agustín Rivera.

Para dar pábulo á su afán de penitencia, Herrera se metía á los tendejones, y para lograr que los borrachos vaciaran ante él el saco de sus picardías, trincaba con ellos, bebía lo que le ofrecían y hasta solía oír cosas que se parecían poco á confesión.

Confesaba en el sol y en la sombra, de día y de noche, á pie y á caballo; cuando la turba de paganos iba tras él, levantando todo el polvo de los caminos y haciendo todo el ruido imaginable, él iba sentado *pro tribunali* en la silla de su caballo melado, diciendo entre brinco y reparo de la bestia: «¿qué más?» «¿qué otra cosa?», mientras el que desembuchaba iniquidades iba recordando el número de animales que había cogido, la cantidad de adulterios, incestos y horrores de todo género que había perpetrado.

Ya se deja ver que si don Rafael se preocupaba de la salvación de los otros, no ha de haber visto la propia como negocio de poco más ó menos. Le aterraba la muerte súbita, y por más que quien lo sabía ha dicho que para el justo no hay muerte repentina, y que para el pecador todas lo son, él se espantaba á la sola idea de recibir rayo, tiro ó enfermedad violenta que lo imposibilitaran para confesarse menuda y escrupulosamente, como debe hacerlo el cristiano.

Por eso vivía besuqueando los escapularios de todos colores y tamaños que portaba sobre el desnudo pecho,

que por cierto ostentaba una pelambreira que parecía un matorral recién chamuscado.

¿Dónde oyó ó leyó este tipo original las palabras *libertad, igualdad y fraternidad*, que fueron su manía después de la de confesar á las gentes? ¡Quién sabe! ello es que el hombre había encontrado muy de su gusto aquellas cosas y que las traía á cuento en cualquiera oportunidad.

Subía al púlpito antes de la misa, durante la misa ó después de la misa, y esto era disparatar revolviendo á Roma con Santiago, como si hubiera perdido la chaveta.

Estaba entonces en honor aquella literatura apocalíptica y clerofóbica que puso á la moda Pelletan, y la otra que quería unir, como quien nada dice, la religión y la libertad, la revolución y la tradición, lo viejo y lo nuevo. Eran modelo de esa escuela las *Palabras de un creyente*, de Lamennais, del cual libro existen casi tantas ediciones como periódicos oficiales había en el país.

Herrera, que había leído aquel libro y lo encontraba en maravilloso acuerdo con el Evangelio, lo parafraseaba de modo desastroso.

Veces había que interrumpía la misa, y puesto un pie en la baranda del presbiterio empezaba á gritar con ronco acento:

«Hijo del hombre, ¿á dónde vas?»

Y el hijo del hombre le daba cuenta, con todo el res-

peto debido, de que iba á conquistar el pan para la patulea de hijos que le había tocado en lote.

«Miséra barraca es tu habitación, harapos tu vestido, bazofia que desearían los lebreles tu comida; y eres el hijo del hombre, el favorito de Dios y la obra de sus manos.»

Y así seguía hasta concluir con:

«Voz que viene del oriente, voz que viene del occidente, voz que viene del septentrión, voz que viene del mediodía, voz que llena todo y que todo inunda, dice: «el hombre sea libre, el hombre viva dichoso, amando á sus semejantes y amado por ellos.»

Era para volverse loco.

El señor cura me llevaba cartas y expresiones de un amigo á quien yo quería mucho, por más que hiciera tiempo que no le veía: Jesús González Ortega.

El *Curro*, como llamábamos á Jesús en el colegio, había subido como la espuma, y era ya general ó estaba próximo á serlo. ¡Merecido se lo tenía!

Después del señor cura llegaron mi señora doña Sabina y sus hijas Lupe, Concha y Lola con sus correspondientes maridos, que eran tres *bocas de palo* sin substancia.

— Ay, señor cura, ¿qué nos cuenta su merced sobre eso que dicen de que el maldito Ortega ha decretado la muerte de todos los sacerdotes? Ese hombre de seguro está tocado, porque de otro modo comprendería que le iba á



— ¡Ay, señor cura! ¿qué nos cuenta su mercé?...

caer fuego del cielo... ¡Matar á los sacerdotes!... ¿Y quién le dice después la misa á su tropa?

— ¡Pero no seas tonta, mamá! interrumpió Lupe, morena muy guapa, que se hallaba en camino de buena esperanza. ¿No ves que es protestante y no necesita de sacerdotes?

— La tonta eres tú, hijita; si los protestantes son gentes como nosotros y creen también en Dios; sólo que dicen el rosario por la mañana y la misa por la tarde.

— Pero los padres de sus iglesias tienen mujeres, hijos, levita y sorbete.

— ¡Jesús, María y José! pero ¿entonces cómo se atreven á predicar contra los amancebados?

— Contra todo predicán, menos cuando la obispa ó curángana está en meses mayores ó menores.

Todas estas necedades las oía el cura repasando las cuentas de su rosario, ó quizás no las oía de ningún modo. De repente, como si le hubieran destapado el tapón que obturaba el chorro, rompió á hablar con gestos y manoteos de epiléptico:

— Sí; mi compadre Jesús González Ortega ha dispuesto que se mate á todos los sacerdotes malos, á todos los sacerdotes insubordinados, á todos los sacerdotes perversos... Yo no voy en eso con mi compadre, porque no creo que haya por qué matar á nadie: todos son capaces de convenirse, y al que no se convence... pues hay que encerrarle.

Pero no; eso sería igualarnos á ellos, á los retrógrados, que creen que no somos racionales... El convencimiento, el convencimiento... Yo le he escrito ya al señor obispo Espinosa... Le he escrito un cuaderno que llamé *Una palabra de paz*, y estoy en espera de que ceda en esta porfía... La libertad, la igualdad y la fraternidad son lo más grande... Cristo fué el primer liberal... Cristo al morir santificó... los dogmas... de su ley... en el Monte Calvario...

Pero al llegar aquí no pudo seguir; se ahogaba, le faltaba el resuello, accionaba como queriendo coger todo el aire respirable y meterlo en su pecho, y al fin rompió en una tos hueca, perruna, sin tregua, que le sacudía como si hubiera sido un vendaval interior que quisiera salirse por la boca. Sudaba, se agitaba, se hacía aire con la *mascada* y concluía por un horrible espasmo en que no se le oía sino el chillido de los niños enfermos de coqueluche y de cuando en cuando una sílaba: Je... sús... cruz... ter... ni... dad...

Cuando dieron las nueve, cosa que comprobó el señor cura en la enorme cebolleta que traía pendiente de uno de esos asquerosos bejuquillos de pelo que estuvieron en moda cuando Fernando VII gastaba paletó, se fué cada mochuelo á su olivo, pues había que madrugar para oír misa al día siguiente, que era domingo día primero de mes.



CAPÍTULO III

La aurora boreal

Roco más de un sueño habría dormido, cuando sentí en la ventana golpes tremendos, como si quisieran derribarla. Al mismo tiempo oí gritos y carreras por la calle, y una campana que tocaba con un son extraño y lúgubre, no sé si agonías ó rogativas.

Mi cuñado Naranjo llegó en pernetas, alumbrándose con una velilla de sebo y esgrimiendo con la mano izquierda un sable que debe de haber pesado varias arrobas, según el esfuerzo que hacía para levantarlo aquel jayán, que era membrudo y grandote como un *camichin*.

— De seguro son *tulices*; ya la amolamos; ni quien se figurara que iban á caernos ahora. ¿Tiene armas, Juanito? Si no aquí están mi *yoga*, esta lanza y el trabuco naranjero del mozo... á las alturas...